

The Economist, 23 de diciembre de 1989
Editorial Traducción: Elda Mónica Guerrero

LAS GRANDES BIBLIOTECAS DEL MUNDO arcas que nos salvarán del diluvio

Lejos de ser sólo depósitos de libros llenos de polvo, las grandes bibliotecas del mundo son las arcas salvadoras en la nueva era de la información. Estarán conscientes de ello? Podrán enfrentar el reto?

El último y probablemente el más grande los 'grandes proyectos' del señor François Mitterrand es la nueva Biblioteca Nacional de Francia que deberá operar en 1995 en un antiguo terreno para el enganche de trenes, a un lado del Sena en París. Al concurso internacional para el diseño de la Biblioteca Nacional se inscribieron aproximadamente 244 proyectos que presentaron ideas tanto sobre el aspecto de la biblioteca moderna como de lo que ésta debe hacer.

Para la ganadora del concurso, Dominique Perrault, la biblioteca debe ser un "lugar mágico" que presente un sugestivo juego de luces desde sus cuatro torres de vidrio en forma de libros abiertos donde se albergan los materiales; frente a un jardín que invita a la contemplación. Para Nicholas Grimshaw la biblioteca debe ser tanto un "centro de diversión al lado del río" como una biblioteca; parte de la diversión sería el "sensacional espectáculo" de mirar a un robot buscar en la estantería y traer un libro al mostrador (ésto sería sensacional, en particular para los actuales usuarios de la sala de lectura circular de la Biblioteca Británica). Herman Hertzberg, un holandés, ve la nueva biblioteca como "una plaza urbana o una estación de trenes donde los pasajeros utilizan los boletos de andén para llegar a sus destinos" y consideró los diferentes departamentos como unidades colocadas una al lado de otra, como una especie de montacargas en un lote de estacionamiento de autos. El japonés Fumihiko Maki piensa que las grandes torres de cristal de su modelo actuarían como foros de París, llevando luz y aire hacia abajo; Jean Nouvel la ve como el árbol de la vida y el conocimiento, donde los visitantes recorrerían las diversas ramas en busca de los frutos del saber.

Solo algunos bibliotecarios modernos verían la lista sin un suspiro de pena. Cómo pueden sus bibliotecas ser todas estas cosas? Fuentes exhaustivas de información y conocimiento, lugares de diversión (con juegos de video gratuitos para niños), estaciones de ferrocarril, (en la Biblioteca Británica, todavía se depositan, para su almacenamiento, series completas de los horarios de trenes de todo el Reino Unido), centros de servicio social, (donde puedan obtenerse folletos sobre SIDA, anuncios para lesbianas y otros anuncios similares) lugares mágicos donde los niños descubran la lectura y los investigadores asiduos puedan encontrar la verdad que han buscado todas sus vidas.

Sin embargo, para realizar todo esto hay que luchar con presupuestos cada vez más recortados a lo largo de las últimas décadas, en los 70s y 80s, en particular en Norteamérica y Gran Bretaña. Mientras los edificios en que trabajan actualmente se deterioran, los libros mismos se caen a pedazos y lo peor es que una gran avalancha de información amenaza con caer por encima de todo, aplastando bibliotecarios, catálogos, archivos y libros a menos que, de alguna u otra manera ésta pueda ser canalizada y controlada.

El impulso por construir mejores y mayores lugares para el almacenamiento de libros, parece ser mas fuerte que nunca, siendo estos mismos libros los repositorios de la cultura y la memoria nacionales, asi como los mas indicados para almacenar el conocimiento universal. Cada año que pasa la tarea de organizar una biblioteca se hace mas difícil.

Las bibliotecas tienen una doble función: preservar el saber acumulado en el pasado y reunir información en el presente. Ambas tareas son interminables, tan es asi que algunas se dan por vencidas. Las autoridades de Rusia, China y el Tercer Mundo con frecuencia son culpables del descuido casi criminal de sus bibliotecas. En la Biblioteca Lenin de Moscú, reconocida como la mas grande del mundo, aunque nadie sabe a ciencia cierta que se guarda ahí, el trabajo en los tuneles para la construcción de una nueva estación de Metro, partió en dos el bloque de almacenamiento de libros arrojando los apoyos de la estantería fuera de los muros. En Leningrado, cuatro bibliotecas, entre ellas, la biblioteca de la Academia de Ciencias, uno de los tesoros del País, fueron destruidas por el fuego o las inundaciones; en el Museo Pushkin, principal repositorio de manuscritos y libros de escritores rusos del siglo xix, la tubería de agua caliente se reventó 40 veces entre 1986 y 1987.

Estas terribles noticias impresionan a las cuidadosas bibliotecas del mundo occidental. Sin embargo, en éstas también existen miles de libros en un estado de deterioro tan avanzado que se desintegran con sólo tocarlos. Mientras los pergaminos parecen sobrevivir mejor cuando se les maneja, y los libros impresos antes de 1830 en papel de tela permanecen flexibles y resistentes, los libros impresos desde la mitad del siglo xix en papel elaborado con pulpa de madera, han sido comidos constantemente por los ácidos naturales. En la Biblioteca del Congreso, cerca de 77,000 libros de su colección de 13 millones se encuentran, cada año, en la categoría 'en peligro'. Quiere decir que muy pronto, cerca del 40% de los libros de la mayor colección de investigación de los Estados Unidos será demasiado frágil para su manejo. En la Biblioteca Nacional de Francia, mas de 600,000 libros requieren tratamiento inmediato. Y la Biblioteca Británica tiene un rezago de 1.6 millones de casos urgentes.

Cualquier intento para enfrentar este reto tiene mucho de idealista: los métodos convencionales para tratar un solo volumen cuestan 200 dólares en tiempo y mano de obra. La Biblioteca Británica está tratando de encontrar un método que le cueste 5 libras (8 dólares) el volumen, en cuyo caso podría procesar de 100,000 a 200,000 libros al año. La Biblioteca del Congreso intenta construir una planta de desacidificación, utilizando di-ethyl-zinc, diseñada para tratar un millón de libros al año, se calcula que esa podría operar en 1990, aunque trabajar solo con los rezagos, le llevaría 25 años.

Como alternativa, la Biblioteca del Congreso y la Biblioteca Pública de Nueva York han emprendido una campaña para obtener 300 millones de dólares del Congreso, las fundaciones y las universidades para crear una gran biblioteca centralizada de libros y revistas en microfilm. Nadie sabe bien cual es la duración de los microfilmes; aunque los optimistas creen que pueden durar unos 200 años, y que mucho antes que eso, los expertos en conservación habrán sido capaces de transferir los materiales a otros medios, por ejemplo, a discos ópticos. Sin embargo, cabe plantearse, si será necesario convertir todo? y en ello reside el siguiente problema.

Ademas de todas las tareas requeridas al bibliotecario moderno, se encuentra ahora la oscura ciencia llamada "bibliometria", es decir el arte de adivinar lo que la biblioteca necesitará en cuanto a espacio y estantería y por ende a dinero, en los años por venir. Muy al contrario de lo que se rumora, la palabra impresa está lejos de ser una palabra muerta. Gran Bretaña publicó 51,000 nuevos títulos en 1987, Francia 30,424 y Alemania Occidental 63,724. Aunque en algunas esferas como la física y la química se dice que las publicaciones se han estabilizado, los títulos en biotecnología y computación brotan cada día como hongos.

En la mayoría de las grandes bibliotecas, libros y revistas caen, como un diluvio, lo dijo una vez Leibnitz: "esta horrible masa de libros va cada día en aumento". Ha sido la falta de espacio para poner los libros asi como la necesidad de reunir colecciones bajo un mismo techo, en vez de tenerlos en bodegas dispersas por toda la ciudad, lo que inspiró los dos grandes proyectos de biblioteca de la era, la nueva

Biblioteca Nacional de Francia en París y la nueva Biblioteca Británica en Londres. En menor escala, esto mismo es lo que ha forzado a la Biblioteca Pública de Nueva York a excavar su jardín posterior y a la Biblioteca del Vaticano a agrandar su sótano.

Las dimensiones de las nuevas bibliotecas son gigantescas. La Biblioteca Nacional de Francia albergará 15 millones de libros y 15 millas (24 km) de estantes para almacenar revistas, en cuatro torres de almacenamiento de 300 pies (91.4m.) de altura. Sin embargo, los libros llegan a la biblioteca en un promedio de 100,000 volúmenes al año y ya la antigua Biblioteca Nacional cuenta con de 10 a 11 millones de volúmenes; por lo que ésta se llenará muy pronto y parece inevitable la construcción de nuevos depósitos para almacenar los libros en algún lugar de los suburbios, para miseria de los investigadores.

En la nueva Biblioteca Británica, una construcción baja de ladrillo rojo que se levanta en St. Pancras, en Londres, las cosas son aun peores. Ahí, se planearon 160 millas (257 km) de estantería y los sótanos son tan grandes que los encargados de operar en ellos tendrán que moverse en carros de golf para recorrerlos. Por otra parte, con 18 millones de libros en la antigua Biblioteca Británica, mas 130 millones de revistas y misceláneos como estampas, panfletos, manuscritos y mapas, y con la perspectiva para el año 2 000, de recibir 100,000 libros al año (suficientes para llenar 8 millas (12.8 km) de estantes) la Biblioteca Británica se conoce ahora como el equivalente bibliográfico de 25M (M=número Mach que representa el valor de la velocidad de un objeto a la velocidad del sonido en el medio circundante), lo que quiere decir que estará llena en los siguientes 10 años de su apertura en 1993.

En ambos países los decretos para el depósito legal parecen ser los culpables. La buena idea de pedir a todos los editores el depositar una copia de cada uno de sus títulos en una biblioteca central, iniciada en 1537 en Francia y en 1662 en Gran Bretaña -aunque en realidad se hizo obligatoria hasta este siglo- se ha convertido en un tormento. Los Estados Unidos tienen una biblioteca de depósito nacional, la Biblioteca del Congreso. Francia, cuenta también con una, la Biblioteca Nacional. Y la Gran Bretaña tiene seis: la Biblioteca Británica, las Bibliotecas Nacionales de Escocia y Gales, las Bibliotecas Universitarias de Oxford y Cambridge y la Biblioteca del Trinity College en Dublín.

La Biblioteca Nacional de Francia recibe al año 30,000 libros sólo del depósito legal. La Biblioteca Británica recibió el año pasado 62,800, es decir un aumento del 50 por ciento sobre los últimos diez años. Todo tipo de materiales llega allí, desde la gran masa de novelas, el Playboy (que se puede revisar en la estantería abierta de la Biblioteca Bodleian) hasta circulares para reuniones políticas. Y todo debe ser catalogado, encuadernado y de alguna manera almacenado. Ahora bien, el sólo ubicar un libro en la estantería cuesta dinero; en la Biblioteca Británica el costo es de 50 libras por catalogar y poner un solo libro en la estantería y una libra al año simplemente por mantenerlo en su lugar. En esta época en que tanto el espacio como el dinero estan escasos, ciertamente ha llegado el momento de ser selectivo.

Sin embargo, es mas fácil decir que hacer, a las bibliotecas por su naturaleza, les gusta tener de todo. Puesto que nunca saben lo que puede ser útil en el futuro para los investigadores; la peor novela puede ser de gran valor en el siguiente siglo, para un ^{historiador} ~~trabajador~~ que trabaje la cuestión social. Como lo descubrió con pesar la Biblioteca Bodleian, que se deshizo del primer folio de Shakespeare "edición sobreesida", en una limpieza de primavera varios siglos atrás. La Bodleian con suficientes libros como para llenar 84 millas (134 km) de estantería, rechaza ahora con cuidado las tiras cómicas, revistas sobre motociclismo, patrones de tejido y semanarios pornográficos, mas por experiencia, no se atreve a ir mas allá.

El verano pasado la Biblioteca Británica tuvo el valor de hacer una declaración casi hereje a las bibliotecas depositarias: no siempre es valioso guardar todo lo que se publica. Incluso cuando Tolomeo I envió su famosa petición a los gobernantes del mundo para que le enviaran todo lo que sus investigadores tuviesen para la Gran Biblioteca de Alejandría, evidentemente él supuso que los investigadores serían selectivos y no le enviarían sus revistas sobre motociclismo.

La Biblioteca Británica, al igual que su hermana en París, ha llegado a la misma conclusión, desea ser selectiva, aunque no sabe muy bien cómo empezar. Probablemente descartará las novelas de Mills & Books aunque guardará algunas para los investigadores. Los folletos que no tengan una duración importante (criterio ingenuo) serán descartados, así como los informes mediocres producidos en casa con procesadores de palabra. Se retirarán los duplicados, las reimpresiones de libros ya publicados; y los libros de interés puramente regional se transferirán a las bibliotecas depositarias de Gales y Escocia; y se limpiará de folletos que contengan los horarios de todos los trenes locales.

Sin embargo, después de este esfuerzo por reducir la montaña de papel, la Biblioteca Británica se enfrenta ahora a otra inmensa labor. Esta solicitando un decreto sobre datos almacenados utilizando técnicas electrónicas: en discos ópticos, discos laser, discos compactos y toda la parafernalia de la era moderna. También la Biblioteca Nacional de Francia desea almacenar este tipo de materiales, aunque es difícil que llegue a solicitar un decreto para su depósito.

Porque se desea guardar este tipo de cosas? Porque como lo señala la Biblioteca Británica, el organismo competente actualiza continuamente mapas mediante el uso de la computadora y el Nuevo Diccionario Oxford de Inglés será revisado únicamente en disco electrónico. Por otra parte, los investigadores en el mundo se comunicaran cada vez mas por medio de la pantalla, ahorrándose así los meses de espera que requerían para publicar sus trabajos en la forma tradicional; en las disciplinas de rápidos cambios como la biotecnología, muy pronto no habrá necesidad de publicar libros o ponencias. El pequeño círculo de los que necesitan saber, se sentará ante su pantalla y dialogará, como élite de la sociedad de la información. Si el 'demos' es saber qué está pasando entre ellos que sea valioso, corresponderá a las bibliotecas solicitarlo para que otros puedan verlo y revisarlo. En suma, si las bibliotecas desean reclamar el derecho a ser fuentes de información en todos sentidos, lo mejor que pueden hacer es meter las manos rápidamente en lo que se ventila en el mundo de las computadoras.

Hasta ahora la mayoría de las bibliotecas no saben que hacer con el flujo de trabajos electrónicos. Muchas de ellas han trabajado por algun tiempo con objetos distintos a los libros: carteles, monedas, discos, cintas, libros que hablan (para los disminuidos físicamente), etc. La Biblioteca Pública de Nueva York contaba en 1988 con mas de 400,000 videocassettes en circulación y tiene planes para añadir miles mas para educar, informar y divertir a personas de todas las edades. La empresa Citicorp, patrocinó un Programa intitulado "Ademas del libro", el año pasado la exhibición recorrió otras bibliotecas del sistema; por otra parte los tradicionales donadores de libros a las bibliotecas están empezando a cambiar de materiales donando ahora videos, programas y hasta computadoras. Entre 1980 y 1987 las existencias en juegos de computadora en las bibliotecas públicas de Gran Bretaña aumentaron en un 78 por ciento y la compra de libros disminuyó en un 9 por ciento.

A pesar de que la demanda de usuarios por cosas para leer o ver en la pantalla está siempre en aumento, los bibliotecarios aún no se acostumbran a esta nueva moda. Su mundo es todavía el de los libros: señalan y con razón que mucho del material en video solo sirve para atraer niños y jóvenes a la biblioteca. "Es algo así como un puente hacia los libros" se dijo en la Biblioteca Pública de Nueva York y eso no significa mucho mas que diversión. La idea de que existan trabajos serios disponibles en gran cantidad en discos ópticos, para ser leídos con atención por la gente en la pantalla, ya sea en la biblioteca o en su propia casa, todavía les es difícil de aceptar. Los bibliotecarios dejaron entrar las computadoras a sus recintos, en principio, para que hicieran el trabajo pesado de controlar las colecciones; y no para que se convirtieran en la esencia misma de la biblioteca. Aunque esta era está a punto de empezar.

Las computadoras han llegado poco a poco y con gran impacto para ayudar en la difícil tarea de catalogar y recuperar los materiales. La catalogación del conocimiento es la función básica de una biblioteca. No es casual que las grandes bibliotecas hayan aparecido con el surgimiento de los enciclopedistas y los clasificadores de la naturaleza, con Voltaire y Linneo. Ya en el siglo xix los investigadores sintieron que el ordenado desarrollo del conocimiento estaba siendo frustrado por la desordenada profusión de los libros. Los científicos deseaban un catálogo universal del conocimiento ordenado por materia, uno disponible a todos los hombres que los empujara en la escala de la educación;

en aquella época había el sentimiento de que la sociedad estaba dividida entre aquéllos que sabían y aquéllos que no. Cuando Panizzi introdujo su Catálogo General en el Museo Británico, ordenado por autor y título mas que por clasificación, se atrajo una tempestad de críticas de los radicales y los universalistas.

El Sistema Decimal Dewey de Clasificación inventado por un filósofo, hermano de Thomas Dewey, e introducido por la Biblioteca del Congreso como un instrumento que superaría al de Panizzi, hizo volver a la idea del conocimiento como un gran árbol de infinitas ramas de clasificación; y la idea de un catálogo universal que crezca sin cesar como el conocimiento mismo todavía campea en muchas bibliotecas. El Catálogo General de la Biblioteca Británica, cuya elaboración tomó 150 años, fue publicado por primera vez en 1905 y ha tenido que ser actualizado, con gran cuidado, usando tijeras y pegamento; leer los 2,223 volúmenes, cuando se tienen completos, toma cinco años. El Catálogo General es unidimensional y reproduce la estantería, en el sentido de ubicar a cada libro solo al lado de otros dos.

Por el contrario, una lista computarizada puede ser multidimensional, ubicando a cada libro al lado de muchos otros en todas las formas imaginables de conexiones y clasificaciones. Puede también saltar en el bosque del conocimiento como sólo el cerebro humano puede hacerlo, pero con una multiplicación infinita. Además, una lista computarizada, puede ser infinita y sin embargo actualizarse y modificarse con facilidad, y puede consultarse en cuestión de segundos.

La maravilla electrónica actual entre las bibliotecas británicas es el catálogo de títulos cortos del siglo xviii, procesado en una base de datos en Harlow. En esta base de datos los investigadores pueden recuperar un archivo que contiene la descripción y ubicación de 190,000 libros, panfletos, hojas volantes y anuncios (de por ejemplo, medicamentos para el sarampión) y pueden incluso imaginar cualquier combinación de categorías que deseen (como digamos todas las referencias al nombre "Phillis" en las hojas volantes de seis centavos jamaquinos), y la computadora las recuperará. La base de datos se alimenta no sólo de otras bibliotecas británicas sino también, por medio de una línea conectada con ese fin, desde Stanford, California, de todo lo que existe de interés en las bibliotecas de Norteamérica.

En Hong Kong se prepara un catálogo mucho mas ambicioso. La Universidad China ha introducido en una computadora, desde 1983, datos sobre 6,000 hierbas medicinales chinas; éstas han sido traducidas a palabras-clave en inglés y, con la ayuda de IBM se han cruzado referencias con las bases de datos en medicina de Occidente. Utilizando un catálogo semejante, el hombre puede creer que ha entrado en la red del conocimiento universal, con sólo tocar una tecla.

Paulatinamente, otros catálogos seguirán el ejemplo de éstos. La Biblioteca Británica ha convertido a discos toda la existencia en publicaciones británicas desde 1950, además del catálogo de su actual Servicio de Referencia de Información Científica que se encuentra en Yorkshire, el SRIS, que cuenta con 200,00 entradas. Este es el catálogo mas grande en su género en el mundo. Es probable también que convierta a discos su Catálogo General y los usuarios de la biblioteca tengan la posibilidad de unirse a los catálogos computarizados de las grandes bibliotecas extranjeras. Dentro de poco, en París, la nueva Biblioteca Nacional será el centro de la red de investigación que unirá a todas las bibliotecas universitarias de Francia en un solo catálogo electrónico y después éste será conectado con otros sistemas bibliotecarios europeos. La Biblioteca Pública de Nueva York cerró su catálogo de tarjetas en 1972, y todos los materiales recibidos desde entonces, se han catalogado en computadora. En algún momento todas las grandes redes bibliográficas norteamericanas unirán sus sistemas, y todo ser humano sentado ante una pantalla de computadora tendrá acceso a esto.

De allí la duda y el resentimiento de algunos bibliotecarios. Por muchos años los bibliotecarios de las instituciones de investigación eran considerados como sacerdotes por los investigadores, como los bibliotecarios lo son todavía en algunos países como China, India y otros, donde son los guardianes de las llaves de la estantería cerrada al público, que ellos convierten ciertamente en sus dominios, o como en la Biblioteca Nacional de Egipto, donde los encargados van por los libros y los entregan al usuario como si fuesen productos en una tienda. En un tiempo las computadoras se encontraban en una esquina de la sala de referencia en las bibliotecas y solo los bibliotecarios las usaban, el profesional de la

información. Hoy en día, la Biblioteca Pública de Nueva York, cuenta con ocho 'estaciones de trabajo' como se le llama ahora al equipo de una microcomputadora con su propia impresora encima de un escritorio. Los catálogos impresos y los resúmenes ya no tienen ningún atractivo para ellos; en realidad, mientras mas usan la pantalla, y los materiales que ingresan se introducen en la computadora, menos interés muestran por los listados impresos.

Una vez que las computadoras estan ahí, equipadas con discos que pueden almacenar hasta 10,000 páginas de texto a la vez, el paso hacia el acceso al libro en pantalla es muy fácil. La Biblioteca del Congreso emprendió un proyecto piloto para almacenar y recuperar una serie de libros y revistas: en este proyecto, el usuario una vez que tiene el libro en la pantalla puede buscar, de abajo hacia arriba y de atrás para adelante si así lo desea, imprimiendo de éste lo que necesite en la impresora de su escritorio. Sin tener que esperar que el libro llegue; sin hacer cola, ni tratar de encontrar cambio para pagar las fotocopias; y además sin manejar el libro mismo, cosa que en algunos casos se torna en una cuestión delicada.

El éxito del experimento dió como resultado que la Biblioteca del Congreso tenga la necesidad de ir hacia esta nueva tecnología cuando "así se considere conveniente". Por su parte, la Biblioteca Británica, una vez que se instale en St. Pancras, sueña con hacer lo mismo. Tal vez dentro de poco la esencia de estas grandes bibliotecas -como lo es ya la de muchas grandes organizaciones- será la danza de los caracteres verdes en la pantalla. A menos que se carezca de una sola cosa: dinero.

Reunir y almacenar el conocimiento siempre ha sido costoso, tan costoso que las bibliotecas no pueden operar sin contar con fondos extra de algún patronato. En Europa éste procedía de monarcas y cardenales, en Norteamérica, de millonarios seculares, en los días felices en que los hombres daban alta prioridad, entre sus proyectos, a la compilación de los libros. Ahora el financiamiento de las grandes bibliotecas, con algunas excepciones, es un asunto del gobierno quien hace malabarismos con los fondos que destina al transporte, el armamento, impone estados de austeridad y quien además no habla el lenguaje de los bibliotecarios.

Las bibliotecas modernas son pues excesivamente costosas. La nueva Biblioteca Británica que deberá estar terminada para 1996 pero que abrirá sus puertas parcialmente en 1993, ya presenta números rojos por 10 millones de dólares sobre un presupuesto revisado de mas de 400 millones de dólares, solo para la construcción y el equipamiento. Su actual subsidio del gobierno es de 53 millones de libras (84 millones de dólares) al año; y está solicitando ahora 30 millones de libras extras (47 millones de dólares) anuales para cubrir el costo de instalación de las computadoras y la mudanza de libros desde Bloomsbury. El costo de la nueva Biblioteca Nacional en París es de 5 a 7 billones de francos (0,8 billones - 1.1 billones de dólares); el de la nueva Biblioteca de Alejandría, que es un proyecto conjunto entre la Unesco y el Gobierno Egipcio es de 160 millones de dólares.

Estos son sin duda proyectos gigantescos, pero incluso los costos anuales de operación son impresionantes. La Biblioteca del Congreso con cerca de 5,000 empleados tiene un presupuesto anual de mas de 250 millones de dólares. El presupuesto de la Biblioteca Pública de Nueva York para el año 1990 es de 680 millones de dólares; este presupuesto fue recortado en menos de lo que la biblioteca misma tenía, mas aun así el recorte de 784,000 dólares hará que ésta compre 19,300 libros menos de lo que había programado. Para operar la Biblioteca Bodleian con las cinco bibliotecas de que se compone, son necesarios 5.4 millones de libras (1.6 millones de dólares) al año.

Modernizar una biblioteca, por mas modesta que sea la operación, significa números de muchas cifras. La Bodleian (insensible al número de romances iniciados y consolidados durante los viajes a la sala del catálogo) desea computarizarlo: esto le costará un millón de libras (1.6 millones de dólares). Sólo para reparar libros y edificios, autorizar algunos puestos para contar con mas personal y desarrollar la colección, la suma aumentará en 9 millones de libras (14.2 millones de dólares). El programa de restauración de la Biblioteca Pública de Nueva York, dedicado ampliamente a devolverle su original gloria

e instalar computadoras, cuesta 44 millones de dólares.

Los bibliotecarios, son vistos como si fueran criaturas de otros mundos, porque tienen fama de vivir para los libros. Las finanzas en las bibliotecas, ya hace mucho tienen una naturaleza ligeramente desorganizada: allí se reciben donaciones de amigos e investigadores, herencias, una suma del gobierno y una lista de peticiones, por ello siempre ha sido necesario como lo reconoció el propio Thomas Bodley, "provocar la benevolencia de los otros". Aunque las donaciones y las herencias continúan, en la mitad de la década de los 70s se manifestó una grave caída de los fondos procedentes del gobierno, y en los 80s se incrementaron las expectativas de los beneficios que pueden esperarse de una biblioteca moderna. En suma los bibliotecarios modernos han tenido que volverse buscadores de fondos. David Vaisey, Director de la Biblioteca Bodleian reconoce que no ha podido leer un sólo libro en los tres años que tiene en el puesto, por lo ocupado que está tratando de obtener fondos.

En la caza de fondos, los bibliotecarios han emprendido aventuras prodigiosas. La Biblioteca Pública de Nueva York, que necesitaba cuando menos 307 millones de dólares, lanzó una campaña de cinco años bajo la égida de Vartan Gregorian, el entonces director y Brook Astor; entre ambos se las arreglaron para persuadir a los neoyorkinos de que la mejor causa de la Ciudad era ciertamente apoyar a la biblioteca. Los intelectuales llegaron a la calle 42, y los invitados tuvieron que pagar miles de dólares sólo por sentarse a la mesa con ellos. Esta biblioteca ha sido particularmente adepta a servirse del dinero de los negocios; y contó con los grandes nombres de las empresas de Salomon Brothers y Manufacturer Hannover entre los miembros del Consejo Ejecutivo de la Campaña.

Nada de lo hecho en Gran Bretaña ha tenido ni la mitad del éxito sin embargo allí también se han realizado algunos esfuerzos valiosos. La Bodleian organizó una cena en la que los donadores se sentaron al lado de los funcionarios universitarios, supuestamente para que sus intereses se intersectaran mientras la cena se servía. La Biblioteca Británica estableció un programa llamado "Adopte un libro" en el que por sólo 200 libras (316 dólares), los bibliófilos pueden adoptar un libro que requiera ser restaurado y ver en él su nombre una vez reparado; Barclays, Nissan y la British Petroleum Co. están en la lista de patrocinadores.

Los programas de este tipo están muy bien, aunque consumen energía e ingenuidad. Día tras día, parece ser más sensato tratar a las bibliotecas como empresas comerciales. Algunas bibliotecas ya cuentan con exitosos departamentos de publicaciones: Bodley tuvo una ganancia de más de 500 libras en 1986-1987. La Biblioteca Pública de Nueva York ha abierto una tienda donde vende libros sobre los museos en el mundo, así como tazones y cuadernos de notas con el emblema del león de la biblioteca. Sin embargo, estas son cosas secundarias. Las mayores fuentes potenciales de ingreso, como bien lo saben los bibliotecarios, son los mismos lectores que circulan por la biblioteca haciendo reservaciones, pidiendo información, usando las computadoras o simplemente observando.

Sin embargo, aquí se presenta un dilema particular, las grandes Bibliotecas Nacionales, así como las bibliotecas públicas, establecidas el siglo pasado tienen el propósito de prestar un servicio esencialmente gratuito. La 'República de las Letras' para la cual todas las bibliotecas son templos en un cierto grado, es una república en la que supuestamente todos los hombres son ciudadanos, tengan o no dinero en los bolsillos. Esta idea data de los días en que los bibliotecarios eran todavía los custodios del templo, y no parece que hayan hecho mucho por el lector desde entonces, excepto buscar y entregarle libros. Sin embargo, desde los años 60s las bibliotecas han mostrado mucho más interés en sus usuarios. Ahora los llaman "clientes" y tratan de hacer nuevas cosas por ellos, inclusive prestarles discos pop y juegos de video. En otros ámbitos de la vida, los clientes son personas que van y pagan en alguna caja del lugar por el servicio que obtienen. Por qué tiene que ser distinto en la biblioteca?

Empero los bibliotecarios insisten, en que el principio de acceso gratuito es sagrado. Si bien en la

práctica, este principio se ha erosionado un poco, aunque todavía no sea muy aparente. Las últimas propuestas del Gobierno Británico para las bibliotecas públicas sugieren que éstas deben cobrar por prestar discos, cintas y "otros materiales no impresos", también deberán obtener dinero por la reservación de libros, por el uso de computadoras para ayudar al usuario en su investigación, y por ayudar al lector en búsquedas particularmente esotéricas.

La Biblioteca Pública de Nueva York está pensando en cobrar a los lectores por búsquedas en línea realizadas en sus computadoras; la Biblioteca del Congreso está considerando cobrar por los resúmenes jurídicos y técnicos que se proporcionan a empresas o comercios, ingenieros y abogados. Cuando la Biblioteca Británica se instale en su nuevo local, estará autorizada durante 5 años a aumentar sus ingresos en un 40 por ciento mediante sus servicios de información; su Centro de Suministro de Documentos en Boston Spa que proporciona principalmente información técnica y de negocios ya obtiene 10 millones de libras (15.8 millones de dólares) de ingreso bruto al año. Cuando se cambie a St. Pancras ha planteado ya la cuestión de cobrar incluso por el uso de las salas de lectura las cuales pueden recibir a 350,000 personas al año. Este tipo de ingresos no debe subestimarse. El acceso será gratuito cuando la biblioteca abra sus puertas, pero en 1994, el asunto volverá a revisarse en su totalidad para ver si el beneficio financiero es "suficiente para garantizar la continuación de esta tradición" o no.

Estas ideas aterrorizan a algunos bibliotecarios. Quienes visualizan cajas registradoras en el mostrador donde se entregan los libros y guardias de seguridad en las puertas de la Biblioteca; y mas grave aún, piensan que los lectores serán puestos en la calle. De hecho el ingreso por los servicios secundarios ya alcanza 22 millones de libras (34.7 millones de dólares) al año en las Bibliotecas Públicas Británicas. Según fuentes gubernamentales, esta cifra podría duplicarse extendiendo aún mas el cobro por los servicios e incluso una modesta cuota por el uso de las salas de lectura o el préstamo de libros parece estar en los límites de lo aceptable.

Sobre el particular, se han escuchado ya cuestiones mas subversivas que éstas. En 1986, el Instituto Adams Smith, institución independiente de investigación (think tank), produjo un documento sugiriendo que las bibliotecas deberían cobrar 4.30 libras (6.45 dólares) al año por el préstamo de cada libro, argumentando que éstas ya no son instituciones de difusión del conocimiento; sino mas bien instituciones de diversión pública con libros de escritores en su acervo como Catherine Cookson y Jeffrey Archer, además de los videos; y que el público no esperaría seguir teniendo una diversión gratuita. En 1988 el Documento Verde sobre Bibliotecas sugirió un "servicio de suscripción al libro premiado" para obtener en préstamo las nuevas novelas y biografías, pero la idea fue tachada de elitista. En Nueva Zelanda opera un sistema que ha tenido mucho éxito en las bibliotecas con el que se proporcionan gratuitamente libros de "merito literario" (el merito lo asigna un comité nacional) y se cobra solamente por las ediciones masivas en rústica y por la literatura sensacionalista. Claro que se dan algunos problemas, como por ejemplo con John Le Carré, además de que parece raro cobrar solo por el 8 por ciento de los libros, pero el sistema funciona en cuanto a que atrae fondos a la Biblioteca.

Es sabido que en Gran Bretaña las mejores bibliotecas son las bibliotecas por suscripción que están abiertas a todos por una módica suma. Las antiguas bibliotecas circulantes operadas por compañías como Boots y Chemists, se manejaban también por suscripción y eran muy populares. Estas bibliotecas por suscripción están organizadas como clubes y tienden a dar el mejor servicio por encima de la mas alta tecnología, aunque esto ya no es totalmente cierto. A los bibliotecarios de la Biblioteca Londres, una de las mas famosas, les gusta contar que en una ocasión proporcionaron un libro a Lord Quinton, el director de la nueva Biblioteca Británica con una velocidad tan inusitada que Lord Quinton asombrado observó, "esto es como Cabo Cañaveral!". Probablemente dentro de poco también apareceran computadoras entre las Bibliotecas por suscripción para que puedan proporcionar este tipo de servicios con las mismas facilidades que las otras. La Biblioteca Londres contaba con una plusvalía de 23,000 libras el año pasado; con lo que pudo comprar de 6,000 a 7,000 libros mas para su colección que ya se habia enriquecido ese mismo año con donaciones fabulosas como la colección encuadernada del The Times que le llegó desde el mismo Palacio de Buckingham.

A un costo de 75 libras al año, no habrá precisamente tumultos a las modestas puertas de la Biblioteca en la Plaza de St. James; sin embargo, existen otras bibliotecas, como la de Highgate Literary and Scientific Institution al norte de Londres o la del Atheneum en Plymouth, las cuales por sólo 10 libras al año pueden proporcionar una gran variedad de libros para toda la gente, y un lugar tranquilo donde leerlos. Con frecuencia este tipo de biblioteca es desconocido, pero difícilmente se les puede acusar de ser antidemocráticas, la evidencia sugiere también que la gente cuando paga un poco por los servicios bibliotecarios se siente mas cerca de su biblioteca y de sus áreas, y con mas voluntad para ayudar cuando ésto sea necesario.

Una vez que se ha dicho todo, surge aquí una cuestión, qué es lo que la gente espera de una biblioteca en el umbral del siglo xxi? El plan estratégico de la Biblioteca Británica para los 90s establece claramente las prioridades, el objetivo no es tener una colección total, sino proporcionar un "acceso total al conocimiento" y un "rápido suministro de la información", entregándola a la misma velocidad con que se distribuyen las hamburguesas en los McDonalds. La nueva Biblioteca Nacional en París, de acuerdo con el Presidente de la Asociación de Bibliotecarios Británicos, será "una gran tienda abierta a todas horas". Por su parte, la Biblioteca del Congreso acaba de inculcar siete nuevos valores a su personal, de los cuales los dos primeros son "servicio" y "calidad". Esto es supuestamente lo que el hombre moderno desea de sus bibliotecas.

Daniel Boorstin, el brillante e inteligente antiguo director de la Biblioteca del Congreso, no está de acuerdo con este supuesto. Y señaló que: "Proporciones impalpables de información nos inundan y confunden. Este flujo de mensajes instantáneos llenan todos los huecos de nuestra mente, llenado el saber y el entendimiento. Mientras el saber es estable y acumulativo, la información es hazarosa y miscelánea. La mas importante función de las bibliotecas en el futuro puede ser, no tanto proporcionar como seleccionar. No tratar de reunirlo todo, tarea por lo demás infructuosa, sino seleccionar los materiales de verdadero valor al hombre, ya sea en libro, disco, cinta o pergamino, de aquéllos que son innecesarios.

Para algunos, ésto tiene el olor de la censura, para otros sugeriría el regreso a los días del "alto clero" del conocimiento, distribuido con predisposición por una minoría a una mayoría. Además lo que es de valor para los investigadores puede no tener un valor inmediato para el hombre de la calle. Aquí tambien las computadoras ayudan. Cada vez mas, la información pura será proporcionada por el servicio telefónico, por los servicios de noticias computarizados o por distribuidoras de noticias totalmente computarizadas; y las bibliotecas tendrán que realizar su función principal, el despligue y el suministro del conocimiento. Después de todo esto es lo que los museos y galerías hacen, tanto democrática como eclécticamente. Allí también se es muy selectivo, y el público parece no preocuparse. Tales lugares como lo dijo Francis Bacon a Bodley, son "las arcas que salvarán al conocimiento del diluvio".

A pesar de sus problemas económicos y tecnológicos, la mística de las bibliotecas permanece alentadoramente constante. Los griegos las vieron como hospitales para la mente, lugares para restaurar el espíritu con viejas o nuevas ideas. En la historia de Occidente éstas también han sido lugares donde el hombre, por un momento, ha podido quitarse la camisma de fuerza del pensamiento local o general, y encontrarse a sí mismo en otros mundos, mas interesantes. La oportunidad de encontrar el pensamiento multilateral, cambiante y diverso es la gran maravilla de las bibliotecas. La antigua Biblioteca de Alejandría contenía observatorios, laboratorios y un zoológico; la nueva biblioteca deberá contar con un planetarium.

En las mentes de sus constructores y patrocinadores, las bibliotecas son algo mas que lugares polvosos y de difícil acceso; son organismos vivos donde crece el conocimiento. El arquitecto de la Biblioteca Británica, quien ha sido muy criticado por no entender lo que son las bibliotecas, compara su trabajo con una catedral medieval que nunca estará terminada en el tiempo de su propia vida, o con una ciudad que nunca se acabará: "no se trata de un edificio dijo, sino de una criatura humana". En el mundo moderno, las redes computarizadas del conocimiento sustentan el mismo principio. El Universo queda a la espera.